

LIBARDO PARRA TORO

ERNESTO BARRIENTOS

Del municipio de Andes llegó a Medellín Libardo Parra Toro, pleno de ilusiones, el ojo avizor, los oídos despiertos y con una juventud esperanzada en ser algo en la vida. Se matriculó en el establecimiento educativo de don Antonio Saldarriaga y luego en otros claustros que nunca supieron de su voluntad para terminar una enseñanza secundaria.

Tartarín Moreira como se bautizó él mismo, inició una bohemia sana, y a tratar con gentes de letras y de música. Y empezó a escribir y a participar en concursos que por esos días eran muy frecuentes las fiestas galantes de los clubes sociales. Su nombre empezó a sonar cuando le hicieran saber que había sido escogido como ganador por su poema "Por la abierta ventana", certamen que tuvo como jurado a Carlos E. Restrepo, Antonio J. Cano y Tomás Cadavid Restrepo.

El ambiente de esta villa fue entonces para Parra Toro lo que él buscaba, lo que soñaba; empezó a darse cuenta que por estas calles de Medellín ya se oían los vendedores de periódicos pregonando: El Correo Liberal, El Bateo, El Herald de Antioquia, El Correo de Colombia y en las librerías las obras de autores antioqueños: Efe Gómez, Tomás Carrasquilla, Camilo Botero Guerra, Eduardo Zuleta, Gabriel Latorre, Alfonso Castro, Francisco de P. Rendón, Lucrecio Vélez, y muchos más que entretenían a los antioqueños con sus relatos, cuentos y novelas y la literatura colombiana se enriquecía con estos autores típicamente autóctonos. Los poetas se mostraban en las páginas literarias de la prensa y ya se leían las producciones de Augusto Duque Bernal, Ernesto González, León Zafir, Antonio J. Cano, Julio Vives Guerra, Santiago Vélez Escobar, Germán Isaza, Francisco Rodríguez Moya, Jesús Yepes Morales, Carlos Mazo, Ciro Mendía y tantos otros que tenían su público y eran románticos, humorísticos, de gran entusiasmo lírico que le iban empujando la imaginación a nuestro Tartarín Moreira para dejar por el momento esa poesía elaborada que no fue bien recibida por la mayoría de los lectores y sí gustaba de esos versos sentimentales que irían a ser la admiración de sus paisanos. A pesar de que tuvo otro triunfo con su poema LAUDE, Tartarín se inclinó más bien por versos que cantan los desengaños, las despedidas, el desamor, y en fin, sentimientos, angustias o desconsuelos. Y empezó por adornar esas poesías con música. Tenía un tiple que rasgaba con emoción y las notas que le agregaba a su poesía los transformaba en pegajosas canciones que irían luego a los discos, para multiplicarse.

El ambiente de esta Villa fue presentándose a su gusto, a su manera de ser y a lo que buscaba. Inició una vida de cantinas, bares y otros establecimientos apartados de la zona urbana donde abundan los cantores populares, los repentistas, los tipleros y serenateros. Tartarín fue entendiendo más y más esos habitantes que ya veían en él a un certero escritor de letras para luego ajustarle música de pasillos, bambucos o danzas pegajosas que muy pronto irían a popularizarse y a darle fama y algún dinero para su congrua subsistencia.

Y en toda Medellín, su figura se iba haciendo muy popular. Su vestimenta impecable, saco cruzado, zapatos de dos colores, corbata, pañuelo y camisa, de vistosos

tonos; todo esto en un cuerpo delgado, alto, pausado en el andar; su voz mesurada, ojos mirando adelante y en su cabeza el infantable sombrero de medio lado. Es decir, con una elegancia un tanto excesiva y vistosa.

Su trayectoria dentro de la poesía popular se fue agrandando cuando los señores Félix de Bedout e hijos, que por ese entonces representaban las primeras victrolas y ortofónicas de la casa Víctor de Méjico y Argentina, le solicitaban de afán, versos para musicalizar y luego enviar al extranjero donde voces y duetos de fama irían a grabar en esas pastas sonoras y regresarlas a los mercados latinos, especialmente a Colombia. Veamos algunos títulos de sus éxitos que tenían a Tartarín como autor: Amor y dolor, Medallita, Beso perdido, Dolor sin nombre, Dulce amor mío, Por ella, Qué puedo hacer, Súplica ingenua y otros y otros éxitos que ya eran populares y andaban de boca en boca. Ese era el clima musical del momento. Bohemia de gente buena y descomplicada. Amigos de café donde se conversaba de poetas, de músicos, de artistas que por aquí venían de otras partes y algo dejaban como novedoso. Esta segunda década del siglo fue iluminada por Compañías de dramas y comedias, de divas célebres, de tenores y cantantes de postín, que se anunciaban como llegados de las capitales europeas.

Al hablar de Tartarín Moreina hay que situarlo en los años quince formando parte de una tertulia muy original que conoció Medellín y de la cual hicieron parte trece caballeros, cual más entusiasta y de ingenio e inteligencia muy brillante. Estos jóvenes que se reunían generalmente en un café cerca al parque Berrío denominado El Globo, o en cualquier parte donde se vendiera café u otras sustancias más espirituosas que eran las que apetecían. Fundaron una revista con el nombre de PANIDA que en sus páginas se leían críticas con acento literario, versos, prosas locas y atrevidas. Quince números salieron hasta 1918 cuando la tertulia de estos panidas se fue disolviendo. Ellos eran: Eduardo Vasco, Fernando González, Ricardo Rendón, Rafael Jaramillo Arango, Bernardo Martínez Toro, José Manuel Mora Vásquez, Libardo Parra Toro, Jesús Restrepo Olarte, José Gaviria Toro, Félix Mejía Arango, Jorge Villa Carrasquilla, Teodomiro Isaza y León de Greiff.

Tartarín siempre recordó con justa emoción esos días, esas reuniones en las que él era el benjamín y que hizo época en la tranquila Villa de la Cadelaria. Al paso de los años, ya eran estas gentes distinguidos ingenieros, famosos pintores y arquitectos, galenos acertados y poetas de alto turmequé, como es el caso de León de Greiff que con sus seudónimos dejó firmadas raras poesías de un vocabulario exótico y de agradable musicalidad. Del mismo de Greiff es esta remembranza: "Músicos, rapsodas = prosistas, poetas = pintores, caricaturistas = eruditos, nimios, estétas; = románticos o clasicistas, = y decadentes, si os parece, = pero eso sí, locos y artistas = los Panidas éramos trece! = Melenudos de líneas netas = líricos de aires anarquistas = hieráticos, anacoretas = dandys, troveros, ensayistas, = en fin, sabios o analfabetas = y muy pedantes —si os parece— = exploradores de agrias vetas = los Panidas éramos trece. Y cosa rara, tres de estos Panidas fueron suicidas: Teodomiro Isaza, Ricardo Rendón y José Gaviria Toro. Y tres se han considerado genios: Ricardo Rendón, Fernando González y León de Greiff. Tartarín Moreina empezó una vida de cronista en la prensa de esta capital. Con el seudónimo de Doctor Barrabás, colaboraba con crónicas humorísticas y cuyos temas eran lo que a diario ocurrían en la ciudad; durante los años 1926 y 1927 escribe para el Correo Liberal su muy famosa columna: La Lata del Día, crónicas en verso que firmaba Tartarín Moreyra.

Don Roberto Crespo, un ciudadano cubano residenciado en esta ciudad, montó para el teatro una revista musical donde irían composiciones paisas, y con el nombre de "Medellín al Día". Tartarín fue invitado por el director para que compusiera algo alegre y divertido, y precisamente para esa función nuestro poeta convirtió la música

de una antigua habanera en "Mi Ranchito" que junto con "Arriba entre los maizales" fueron el furor del público y casi que la consagración de nuestro vate en materia de música popular.

La Casa Víctor pensaba hacer con Carlos Gardel y a su regreso de los Estados Unidos donde se encontraba en una gira artística, una serie de grabaciones. Tartarín estaba encargado de escribir letras para discos y Carlos Vieco sería quien pondría la música.

Empezaron su trabajo poeta y compositor y cuando tenían listos los títulos de algunos tangos como: "Son de Campanas", "Malditos Celos", "En la Calle", ocurrió la muerte de Gardel. Los planes cambiaron desde luego, y fue entonces el cantor Agustín Magaldi quien reemplazó al famoso zorzal en la interpretación de estos y otros números musicales escritos y musicalizados en Medellín.

Tantas letras para canciones, sea para adornarlas con música, o para una música ya existente, fue lo que Tartarín hizo toda su vida de escritor de versos. Para 1927 época en que empezó la fiebre de los discos y que en Medellín distribuían David Arango y Félix de Bedout, las sesiones en cafés, cantinas y residencias particulares, era el placer escuchar duetos, tenores y solistas de todo género en canciones que por primera vez se oían. Época esta del furor por adquirir discos y a medida que iban llegando a la ciudad, se iban multiplicando los cantores y fueron apareciendo grupos musicales, coros, solistas que aprendían canciones en los discos nuevos.

Los nombres de León Zafir, Luis Carlos González, Julio Vives Guerra, Clímaco Soto Borda o Julio Flórez, aparecían como autores en la letra de temas musicales de gran acogida. Otros fueron Roberto Muñoz Londoño, Francisco Rodríguez Moya, Augusto Duque Bernal y tantos poetas cuyas letras las cogían los compositores de las revistas y periódicos donde eran publicadas.

Y no sólo eran los discos la moda. También lo eran los cafés o bares donde se podían escuchar los conjuntos de música: el bar de Los Moras, el Chantecler y otros que fueron muy populares de muy concurrida clientela. Los espectáculos del Teatro Bolívar en cuyo escenario actuaron famosas o compañías de zarzuelas españolas. Grupos teatrales de dramas y comedias extranjeras presentando el repertorio de los dramaturgos clásicos del momento. Revistas de variedades, cupletistas y bailarinas llegadas de España y uno que otro grupo escénico formado en la Villa, estrenaba comedias de Alejandro Vásquez, Ciro Mendía y montaban obras de Carlos Arniches y otros dramaturgos españoles.

Y los años fueron pasando y llegaron otros momentos para Tartarín, pues la vida pasa y las necesidades acosan. Buscó otras actividades para conseguir un poco más de comodidad en su vida. Empezó por explotar sus condiciones de calígrafo y estupendo dibujante. Además, de grafólogo empírico cuyos juicios sobre delicados actos judiciales era él la última palabra. La administración municipal le dio la oportunidad de servirle como detective, cargo que desempeñó, muy descomplicadamente sin ningún beneficio para la comunidad pero sí con mucho humorismo, tal como era el genio de Tartarín. La gente le acomodó una serie de chistes siendo detective, que él mismo se reía, graciosas anécdotas que sólo a él pudieron ocurrírsele.

Y para completar su actividad como empleado oficial, anduvo por algunos municipios como encargado de la Oficina de la Registraduría del Estado Civil.

Y como es natural, la sombra de los años cubría ya la humanidad de Tartarín. Se fueron acabando esos ímpetus de compositor de letras para canciones y ahora sólo las cantaba a media voz en cantinas, en compañía de viejos bohemios y de amigos del alma que siempre buscaban su compañía.

Y Libardo Parra Toro, el de Andes, el que nació en Valparaíso un 15 de febrero de 1895 y que el Padre Nicanor Botero lo bautizó con el nombre de Libardo Antonio, calmaba a medias su soledad al lado, unas veces, de viejos amigos y otros de admiradores nuevos que sabían de su vida agitada y peculiar en el campo de las bellas artes.

Ya el trapiche no muele y la rueca no hila, los primeros versos de una bella canción suya, podrían servir para terminar estos desajustados comentarios en torno a su existencia. Ya en las postrimerías, se dolía de la desaparición de su hijo Humberto, cuando apenas empezaba a vivir. "La muerte de su hijo fue un golpe decisivo para Tartarín. Ya sin el trompo musical de sus palabras, sin el cascabel de su risa, sin la cometa de sus sueños y sin su pequeña estatura de porvenir en remojo, su dolor se fue arrugando para hundirse en esas escondidas lágrimas sin agua que le quemaban el desierto de sus ojos". Así lo dijo Robledo Ortiz en la presentación de un disco con canciones de Tartarín. En vísperas casi de su muerte, algunos de sus amigos le oyeron decir: "Estoy amargado...Por primera vez mi hijo me desobedeció: Le dije que no se muriera...y se murió".